

yuelos le infunde el sueño á los rayos del sol poniente. Pero también la guerra tiene sus encantos, ¡la guerra que impulsa con vivo movimiento el destino del hombre! Pláceme esta vida agitada; gusto de esta variedad, de esta incertidumbre, de esta violencia sobre las olas, ya enhiestas, ya mansas, de la fortuna.

El hombre languidece en la paz. La ociosa indolencia es la sepultura de su ardimiento. La ley es la amiga del débil; todo se pone á igual nivel en la paz, y hasta el mundo se convertiría en interminable llanura. Pero la guerra da á la fuerza ocasión de mostrarse; todo lo eleva á extraordinaria altura, é infunde valor en el más cobarde.

OTRO HOMBRE DEL CORO - BERENGUER. — ¿No están abiertos los templos del amor? ¿No corre el mundo al encuentro de la hermosura? Allí está el temor, allí la esperanza; aquí el que place á la mirada, es rey. Así el amor anima la vida y realza sus pálidos colores. La hija amable de la espuma de las aguas hechiza con la ilusión nuestros felices años, y mezcla con la triste y vulgar realidad las imágenes de los sueños de oro.

UN TERCERO - CAYETANO. — Quede la flor para la primavera. Brille la hermosura. Teja la juventud verdes guirnaldas: mas al hombre maduro cuadra servir á más grave divinidad.

EL PRIMERO - MANFREDO. — Sigamos en los bosques salvajes á la austera Diana, la amiga de la caza; marchemos á los sitios donde la enramada esparce las sombras más tupidas, y saltan los corzos de lo alto de las peñas; porque la caza es la imagen de los combates, y Diana la desposada feliz del severo dios de la guerra. Dejaremos el lecho á los primeros albores del día, cuando la trompa sonora nos llame al húmedo valle, á las montañas, al borde de los precipicios, para bañar nuestro cuerpo fatigado en las frescas ondas del céfiro.

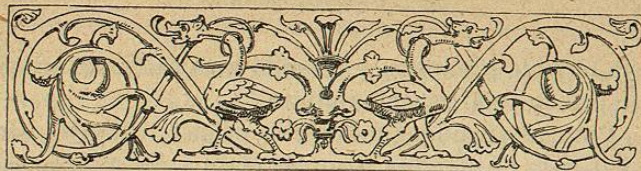
EL SEGUNDO - BERENGUER. — Ó bien confiémonos á la divinidad azulada, siempre en movimiento, que nos ofrece riente espejo y nos llama á su imperio sin límites.

Construyámonos sobre las inquietas olas alegre y leve edificio. Quien con la rápida proa corta las ondas verdes y límpidas, es el desposado de la fortuna, dueña del mundo, y sus mieses florecen sin haber sembrado; porque el mar es el teatro de la esperanza, el imperio caprichoso del azar. Allí queda el rico súbitamente pobre, y el pobre se alza al par de los príncipes. Como recorre el vendabal con la velocidad del pensamiento el círculo del horizonte, así se mudan los decretos del destino y gira la rueda de la fortuna. Todo flota sobre las olas, y no existe dominio ninguno en el mar.

EL TERCERO - CAYETANO. — No sólo en su imperio es voluble la felicidad y no puede detenerse; también se muda y varía en la tierra, con hallarse fuertemente asentada en viejos y eternos cimientos. Esta nueva paz me da inquietudes, y no puedo confiarme á ella. No quisiera yo construir mi cabaña sobre la lava que vomitó el volcán. Los estragos del odio fueron harto profundos, y acaecieron cosas sobrado graves para que puedan ser perdonadas y olvidadas. ¡Quién dirá su desenlace! Mis reflexiones y mis presentimientos me aterran, y mis labios no se atreven á expresar lo que preveo. Pero no me place ese misterio, ese himeneo sin bendición, esos senderos oscuros y tortuosos del amor, el rapto temerario del claustro. Lo bueno sigue la vía recta, y la mala semilla produce malos frutos.

EL SEGUNDO - BERENGUER. — Así, por un rapto, la esposa de nuestro anciano príncipe fué forzada á entrar en un lecho criminal; eligiéndola el padre, y el abuelo, encolerizado, dejó caer su tremenda maldición sobre el culpable himeneo. Ocúltanse en esta casa crímenes sin nombre, negras infamias.

EL CORO - CAYETANO.—Sí, los comienzos son malos y mala será la terminación, creedme: porque todo crimen cometido en un arrebato de cólera debe ser expiado. No fué el azar, no fué el ciego destino quien arrebató de furor á los dos hermanos. Maldecido el seno de su madre, debía dar á luz el odio y la guerra. Pero fuerza es callar. Los dioses vengadores fabrican su obra en silencio; será tiempo de deplorar esas catástrofes cuando se acerquen y se manifiesten. *(Vase el coro.)*



ACTO II

ESCENA PRIMERA

Mutación de escena. Jardín con vista al mar

BEATRIZ sale de un pabellón, da algunos pasos inciertos con inquietud mirando á todos lados, y se detiene de pronto.

BEATRIZ

No es él; es el aire que murmura atravesando las copas de los pinos. Ya el sol descende hacia el horizonte, vanse las horas con lento paso, y me siento sobrecogida por el terror. Este mismo silencio, esta quietud me aterran. En todo lo que alcanza la mirada nada se muestra. ¡Me deja aquí languideciendo en mi angustia!

Oigo cercano el mugido y el hormigueo de la muchedumbre en la ciudad, semejante á una cascada espumante. Á lo lejos suena el mar inmenso,... las olas que se rompen contra la playa con sordo rumor. Todo llena mi alma de espanto. Siéntome débil en medio de